

DESARROLLE UNA FE VIVA
EN SUS HIJOS



TONY EVANS
EDUCANDO
HIJOS
DEL REINO

ENFOQUE
A LA FAMILIA

EDUCANDO
HIJOS
DEL REINO

TONY EVANS EDUCANDO HIJOS DEL REINO

DESARROLLE UNA FE VIVA EN SUS HIJOS

ENFOQUE
A LA FAMILIA



TYNDALE HOUSE PUBLISHERS, INC.
CAROL STREAM, ILLINOIS, EE. UU.

Educando hijos del reino

© 2018 Tony Evans.

Un libro de Enfoque a la Familia, publicado por Tyndale House Publishers, Inc., Carol Stream, Illinois 60188, EE. UU.

Enfoque a la Familia y el logo y diseño acompañantes son marcas registradas federalmente de Enfoque a la Familia, 8605 Explorer Drive, Colorado Springs, CO 80920, EE. UU.

TYNDALE y el logotipo de la pluma son marcas registradas de Tyndale House Publishers, Inc.

Visite Tyndale en Internet: www.tyndaleespanol.com y www.BibliaNTV.com.

Originalmente publicado en inglés en el 2014 como *Raising Kingdom Kids* por Tyndale House Publishers, Inc., en asociación con Enfoque a la Familia, con ISBN 978-1-58997-880-5.

Las citas bíblicas sin otra indicación han sido tomadas de la *Santa Biblia*, Nueva Traducción Viviente, © 2010 Tyndale House Foundation. Usada con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

Las citas bíblicas indicadas con *NVI* han sido tomadas de la Santa Biblia, *Nueva Versión Internacional*,[®] *NVI*.[®] © 1999 por Biblica, Inc.[®] Utilizada con permiso. Todos los derechos reservados mundialmente.

Las citas bíblicas indicadas con *LBLA* han sido tomadas de LA BIBLIA DE LAS AMERICAS[®], © 1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation. Utilizada con permiso.

Las citas bíblicas indicadas con *DHH* han sido tomadas de la versión Dios habla hoy[®] – Tercera edición © Sociedades Bíblicas Unidas 1966, 1970, 1979, 1983, 1996.

Las citas bíblicas indicadas con *RVC* han sido tomadas de la versión Reina Valera Contemporánea © 2009, 2011 por Sociedades Bíblicas Unidas.

Todo uso de cursivas en el texto bíblico fue añadido por el autor para dar énfasis.

El uso de material de diversos sitios de Internet o las referencias a los mismos no implica apoyo a los sitios en su totalidad. La disponibilidad de sitios y páginas de Internet están sujetos a cambios sin previo aviso.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en sistemas de recuperación de archivos ni transmitida en formato alguno, así como por ningún medio (electrónico, mecánico, fotocopias, grabaciones o cualquier otro medio) sin previa autorización escrita de Enfoque a la Familia.

Diseño de la portada: Jennifer Ghionzoli

Fotografía de la línea de horizonte © PhotoDisc. Todos los derechos reservados.

Fotografía de la portada por Stephen Vosloo. © Enfoque a la Familia. Todos los derechos reservados.

Traducción al español: Adriana Powell Traducciones

Edición en español: Christine Kindberg

Para información acerca de descuentos especiales para compras al por mayor, por favor contacte a Tyndale House Publishers a través de espanol@tyndale.com.

ISBN 978-1-4964-2853-0

Impreso en Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

24 23 22 21 20 19 18
7 6 5 4 3 2 1

CONTENIDO

Prólogo de Jim Daly, presidente de Enfoque a la Familia	xi
Introducción escrita por Lois Evans	xv

PRIMERA PARTE:

CÓMO ESTABLECER UNA MENTALIDAD DEL REINO

1 Este no es el Reino Mágico	3
2 Aser y el elefante	19
3 Los herederos naturales	33
4 La vida fuera de las paredes del palacio	49
5 Transmitir la bendición real.	65

SEGUNDA PARTE:

CÓMO CREAR UN AMBIENTE DEL REINO

6 El amor se demuestra en las acciones.	85
7 Los tres pilares de la crianza de hijos	101
8 La honra y el respeto	117
9 «Kntm xfa»: La cultivación de la comunicación.	133
10 La hora de la mesa: La Palabra de Dios y la oración	147

TERCERA PARTE:

CÓMO INCULCAR LAS VIRTUDES DEL REINO

11 La sabiduría.	165
12 La integridad.	183
13 La fe	195
14 La resiliencia	207
15 La pureza.	221
16 El servicio	229
17 Use todas sus flechas	243

Conclusión 253

Apéndice 1: The Urban Alternative (La Alternativa Urbana) 255

Apéndice 2: Un mensaje para los padres solteros y las madres solteras . . . 261

Agradecimientos 263

Índice bíblico 265

Notas 269

Acerca del autor 277

PRÓLOGO

¿Es usted madre o padre? Si lo es, probablemente se haya dado cuenta: la crianza de hijos no es tan sencilla como solía ser.

Hubo una época en la que tener hijos y educarlos era una experiencia con la que la mayoría de las personas se topaban como algo habitual, casi sin pensarlo. Era parte del orden natural. «Casa sin hijos, higuera sin higos» es lo que decían nuestros abuelos.

En aquellos tiempos, los matrimonios no siempre le dedicaban mucha atención al desafío de llegar a ser padres eficaces. Hacían lo que les era natural. Quizás eso haya sido suficiente en el pasado, pero en la sociedad de hoy, altamente tecnológica, acelerada y moralmente confundida, eso no basta. Hoy en día, las madres y los padres necesitan tener una estrategia, un plan: *especialmente* si son del tipo de padres a los que les interesa educar niños que puedan ser descritos como verdaderos hijos del reino.

Si usted está dentro de esa categoría, este libro es para usted.

«La educación de hijos del reino —dice Tony Evans— implica supervisar de manera intencionada la transmisión de fe de una generación a la otra, de tal manera que los niños aprendan a vivir toda su vida constantemente bajo la autoridad divina de Dios». Eso es algo que nos interesa profundamente aquí, en Enfoque a la Familia. De hecho, las ideas de Tony sobre este tema se ensamblan perfectamente con los objetivos de nuestra iniciativa GEN3, una campaña diseñada para animar a las personas a que formen matrimonios y familias que valgan la pena reproducir *en las próximas tres generaciones*. Es una meta con la que todos podemos entusiasmarnos.

¿Cómo pueden los padres crear en el hogar un ambiente que fomente y facilite este proceso? En las siguientes páginas, el Dr. Evans brinda una respuesta detallada. No nos sorprende que sus estrategias para la crianza de hijos vayan de la mano con los principios bíblicos venerables que hemos promovido en Enfoque a la Familia durante más de treinta años (principios que hemos resumido y definido como «Las doce cualidades de una familia sana»).

La primera de estas cualidades es un *matrimonio fuerte*. El matrimonio

merece atención especial por derecho propio, desde luego, pero un matrimonio sólido también tiene un impacto directo sobre el desarrollo de niños sanos.

La siguiente es que las familias florecientes *se comprometen* unos con otros. Toman los pasos necesarios para desarrollar un sentido de «lo nuestro» profundamente arraigado entre ellos. Hacen hincapié en la lealtad, la unidad y la interdependencia, y desarrollan tradiciones y rituales que se convierten en la base para vínculos duraderos.

Estos hogares además están edificados sobre un *cimiento espiritual compartido* que incluye la asistencia a la iglesia, los devocionales familiares y la disciplina moral. Al fin y al cabo, los padres no pueden legar una fe que no poseen.

La buena *comunicación* (el compartir sentimientos de manera transparente y habitual) es otra característica importante de las familias del reino. También lo es un sentido fuerte de *estar vinculados*. Los niños disfrutaban un alto grado de calidez y de apego en el hogar cuando las relaciones con mamá y papá se caracterizan por el juego, la diversión, el humor, las comidas compartidas y un alto nivel de participación de los padres. Los miembros conectados y comunicativos de la familia aprenden a *honrarse* mutuamente con demostraciones prácticas de amor incondicional, las cuales, a su vez, les dan la *resiliencia* necesaria para poder superar cualquier tormenta. Al tener la capacidad de ser flexibles y adaptables ante las circunstancias, pueden enfrentar los desafíos de la vida de una manera positiva.

Es importante añadir que los hogares que se basan en el amor y en la gracia se caracterizan por *las expectativas y la disciplina coherentes*. Las reglas claramente expresadas suelen producir hijos seguros y responsables. Y cuando los hijos están seguros y son responsables, están dispuestos a *asumir la responsabilidad* con los demás miembros de la familia al trabajar juntos por los objetivos en común.

Si reúne todo esto, lo que obtendrá será un grupo intergeneracional de *individuos sanos* que entienden quiénes son, de dónde vienen sus bendiciones y qué significa ser autónomos e interdependientes al mismo tiempo. Las personas como estas tienen una capacidad única de llegar a otros. Son de *mentalidad comunitaria* en su acercamiento al mundo exterior. Sus relaciones con las personas del otro lado de la puerta de su casa están marcadas por fuertes *habilidades sociales*.

Así es como se ve una verdadera *familia floreciente*. Y de eso trata *Educando hijos del reino*.

¿Quiere saber más? ¡Entonces, ha llegado al lugar correcto! El Dr. Tony Evans conoce el tema al derecho y al revés. Él ha señalado el camino y está listo para guiarlo a un nivel completamente nuevo en la crianza de los hijos y la interacción familiar.

El viaje comenzará cuando le dé vuelta a la página.

—*Jim Daly*, presidente de Enfoque a la Familia

INTRODUCCIÓN

Me criaron para tener un amor por aprenderme de memoria las Escrituras. Cuando Tony y yo criamos a nuestros hijos, nos pusimos de acuerdo en darle prioridad a enseñarles a los niños la Palabra, en el espíritu de Deuteronomio 6. Nuestro objetivo era que la Palabra de Dios fuera un tema de conversación, un símbolo de nuestra cultura familiar y un mensaje que impregnara cada habitación de nuestra casa.

Una de las formas en que lo hicimos fue colgando en las paredes murales artísticos con versículos bíblicos. Yo los compraba y Tony los colgaba. Hoy todavía tenemos las paredes de nuestra casa decoradas con versículos como «En cuanto a mí y a mi familia, nosotros serviremos al SEÑOR» (Josué 24:15), «Dios los salvó por su gracia cuando creyeron» (Efesios 2:8) y, mi favorito: «Yo soy la vid; ustedes son las ramas. Los que permanecen en mí y yo en ellos producirán mucho fruto» (Juan 15:5).

Además de la Palabra, compraba la decoración que resaltara la importancia del hogar y de la familia. Palabras tales como «Lugar de reunión» y «La familia importa» transmitían el alto valor que le dábamos a nuestro hogar. Colgada en una de las paredes de la cocina, hay una obra de arte enmarcada que dice: «Graba en tu corazón que los seres a quienes amas son los regalos más preciosos de la vida». Eso es exactamente lo que procurábamos que nuestros hijos hicieran: amar la vida, amar a Dios y amarse unos a otros.

No solo les transmitimos a nuestros hijos la importancia que tienen Dios y su Palabra, sino que, además, buscamos ayudarlos a entender la importancia individual y única que tiene cada uno de ellos para nosotros y para el reino de Dios.

Hay una colección especial de letreros alineados verticalmente justo al lado de la entrada que divide nuestra sala del pasillo que conduce a las habitaciones. Cada letrero tiene el nombre de uno de nuestros hijos. En ellos, se lee: Anthony, *el invaluable*: «Dichoso el que pone su confianza en el SEÑOR» (Salmo 40:4, NVI); Chrystal, *la que sigue a Cristo*: «Porque para Dios somos el aroma de Cristo entre los que se salvan y entre los que se pierden» (2 Corintios 2:15, NVI);

Priscilla, *llena de honra*: «Pero yo pondré mis ojos en el SEÑOR, esperaré en el Dios de mi salvación; mi Dios me oirá» (Miqueas 7:7, LBLA); Jonathan, *el don misericordioso de Dios*: «El SEÑOR [...] da gracia y gloria. [...] No negará ningún bien a quienes hacen lo que es correcto» (Salmo 84:11).

Ahora, estamos coleccionando obras de arte significativas con mensajes que sean relevantes para nuestros nietos.

Los mensajes inspiradores de la Palabra no solo eran presentados de una manera artística. También comprábamos tarjetas para memorizar las Escrituras y las usábamos con nuestros hijos cuando nos sentábamos a la mesa para cenar. Tony y yo dirigíamos a nuestros hijos mientras leíamos, hablábamos y aprendíamos de memoria muchas de ellas.

Incluso hoy en día, una vez por mes, cuando nos reunimos en familia, nuestros nietos recitan de memoria los versículos que se han aprendido.

Nuestro deseo fue, y sigue siendo, practicar la Palabra de Dios para cumplir los mandatos de Deuteronomio 6 de mantener las palabras de Dios delante de nuestros hijos y aun de nuestros nietos. Tenemos la esperanza de alentarlos siempre a que experimenten a Dios como una parte natural de estar en nuestro hogar. Incluso mientras escribo esta breve reflexión, estoy mirando el cuadro que descansa sobre la repisa de nuestra chimenea, que dice: «El Espíritu de gracia está en el hogar de los Evans — Zacarías 12:10».

—Lois Evans



PRIMERA PARTE

CÓMO
ESTABLECER
UNA
MENTALIDAD
DEL REINO

1



ESTE NO ES EL REINO MÁGICO

La cosa comenzó como un típico viaje de vacaciones de los Evans. Mi esposa, Lois, y yo reunimos en el carro a nuestros cuatro hijos, los cuales no paraban de crecer, y partimos en una aventura de la carretera. Sonidos de expectativa alegre llenaban al carro porque nuestro destino ofrecía promesas de aventura, fantasía y diversión. Fue el primero de muchos viajes a Disneyland, pero se destaca en mi memoria de manera especial porque la historia que parecía un cuento de hadas estuvo a punto de convertirse en una tragedia.

Era el mes de agosto (mi época de vacaciones), así que las calles y los senderos sinuosos de Disneyland estaban abarrotados de otra gente que disfrutaba de sus vacaciones de verano. El elevado volumen de los visitantes se nos venía encima por todos lados, e íbamos en manada con la muchedumbre. Sentía que andaba caminando más como pato que como humano.

Al caminar pegados unos a otros a la fuerza, íbamos charlando amigablemente. (Esto sucedió antes de que los teléfonos celulares fueran omnipresentes, de manera que mi familia y yo teníamos la cómoda libertad de poder hablar entre nosotros). Las conversaciones animadas iban y venían entre Lois y yo y nuestros cuatro hijos: Chrystal, Priscilla, Anthony Jr. y Jonathan.

Ya que todos los niños tenían la estatura suficiente para subir a la mayoría de las atracciones veloces, disfrutábamos a fondo el rato que estábamos pasando, yo incluido. Pero la alegría desapareció en algún punto entre un lado del parque y otro, cuando nos dimos cuenta de que uno de nuestros hijos

había dejado de participar de la conversación. Jonathan, el menor, no estaba con nosotros.

A punto de cumplir siete años, Jonathan nunca nos había dado muchos motivos para preocuparnos. Casi nunca se portaba mal ni requería de atención especial para hacerlo obedecer las reglas familiares. Jonathan tenía (y todavía tiene, al día de hoy) una conducta firme pero dulce. Como era tan obediente, nadie tenía el ojo especialmente atento a lo que él hiciera... ni siquiera yo. Con cada paso que yo daba dentro del Magic Kingdom, me había dejado cautivar más y más por el aroma de la buena comida y por los sonidos de las atracciones y de la música. La promesa de la aventura me devoraba.

No estoy seguro de quién fue el primero en darse cuenta, pero pronto empezamos a preguntarnos: «¿Dónde está Jonathan?», «¿Dónde creen que habrá ido?», «¿Cuál fue el último lugar donde alguno lo vio?».

La preocupación dio paso al pánico cuando la realidad aterradora nos invadió: no encontrábamos a Jonathan en ninguna parte. Rápidamente, nos dividimos en grupos y empezamos a volver sobre nuestros pasos lo mejor que



La preocupación dio paso al pánico cuando la realidad aterradora nos invadió: no encontrábamos a Jonathan en ninguna parte.



podíamos. Decidimos encontrarlos de nuevo en un lugar elegido, después de un determinado tiempo. Pasaron diez minutos; luego, veinte. Seguíamos sin tener noticias de Jonathan. Nos reunimos, nos separamos y volvimos a buscar.

Esta vez, le informé a un agente de seguridad, y el personal de Disney también comenzó a buscarlo. Pasaron treinta minutos; luego, cuarenta. Jonathan no aparecía.

El corazón me latía más rápido que nunca. Mis ojos examinaban la multitud mientras buscaba a mi hijo. *¿De dónde salió toda esa gente?*, me preguntaba mientras serpenteaba entre la muchedumbre tan cortésmente como podía con prisa. Habían pasado cincuenta minutos; luego, sesenta. Todavía no había señales de Jonathan.

Los sonidos de las atracciones de pronto se volvieron una molestia. El olor

de la comida me daba asco. Lo que había sido un lugar placentero tan solo una hora antes se había convertido en un caos y en un centro de angustia. Me di cuenta de que, sin mi hijo, este no era ningún reino mágico.

Y entonces... ahí estaba, a lo lejos. Cuando lo vi inicialmente, Jonathan estaba mirando unas chucherías en una tienda de regalos, sin darse cuenta de la aflicción a la que nos había sometido a todos. Jonathan se había dejado llevar por el espectáculo, los sonidos y los *souvenirs* que Disneyland había puesto de una forma tan atrayente para que él les prestara atención. Estaba tan abstraído que se había separado para disfrutarlos todos él solo y ni siquiera se había dado cuenta de que se había perdido.

Jonathan me sonrió, y corrí hacia él, queriendo abrazarlo y darle una nalgada al mismo tiempo. Estaba agradecido de que estuviera vivo, pero también estaba decepcionado porque se había separado de nosotros. Con esas emociones contradictorias, lo rodeé con mis brazos. En ese momento, la historia del hijo pródigo se volvió muy real en mi mente. Indudablemente, las semejanzas entre los actos de Jonathan y los del hijo rebelde de la parábola no eran del todo similares, pero el concepto de encontrar al hijo que alguna vez había estado perdido y de correr hacia ese niño con el corazón lleno de frustración y de euforia me pareció mucho más plausible que nunca antes. Mientras Jonathan estaba perdido, yo hubiera entregado cualquier cosa que tenía para encontrarlo. Eso era lo que sentía, a pesar de saber que era él quien había decidido alejarse de nosotros. Eso era lo que sentía, a pesar del remordimiento irritante que tenía por haberme distraído tanto con las actividades que había alrededor de mí como para perderlo de vista. Ambos habíamos contribuido al problema de nuestro propio modo, pero, como padre, yo era el responsable a fin de cuentas.

El camino de la crianza de los hijos del reino

Padres, algunos de ustedes recién están comenzando el camino de educar hijos del reino y tienen los ojos llenos de la alegría de esos padres que se paran en la fila para subirse a una de las atracciones divertidas de Disneyland. Otros padres tienen hijos adolescentes que caminan con el Señor y que van por la buena senda, pero ustedes buscan sabiduría para saber cómo guiarlos

No somos perfectos

por Priscilla Shirer

Mi familia no era perfecta. (Estoy segura de que mi papá y mi mamá estarían de acuerdo con eso). Pero mis padres se ocuparon de que la nuestra fuera una familia sumamente encaminada y con propósito. Trabajaron mucho para crear, intencionada y deliberadamente, un ámbito donde pudieran transmitirnos a mis hermanos y a mí los principios en los que ellos creían.

Sin embargo, es solo por medio de la mirada retrospectiva que llega con la edad que realmente podemos empezar a agradecer y entender el esfuerzo y el impulso que implicaba un proceso como ese. Cuanto más años pasan, más fácil me resulta reconocer el sacrificio y la perseverancia que requiere una crianza de los hijos tan intencionada, por no mencionar lo crítico que es darle a un hijo toda oportunidad de madurar hasta que se convierta en un adulto de bien. En el momento, realmente no lo entendí. Los límites y la disciplina de nuestra educación me parecían estrictos. Pero ahora los entiendo.

Lo entiendo.

Papi y mami nos hicieron vivir en una especie de burbuja. La vida hogareña fue acolchonada con la guía de la Palabra de Dios, la disciplina de las lecciones de vida (como el ahorro de dinero y el dar el diezmo), los modales («¡No apoyes los codos sobre la mesa!») y la ética laboral. Nos divertíamos muchísimo con nuestros amigos, pero jugábamos más en nuestra casa que en las de ellos porque mis padres eran muy cuidadosos acerca del tipo de influencias que pudiéramos encontrar en cualquier otro lado. Por supuesto, eso significaba tener que tomarse el trabajo agotador de limpiar las pisadas llenas de lodo de una docena de niños sudados que entraban y salían de la cocina buscando algo para comer y para refrescarse durante los partidos de baloncesto y de Ping-Pong. Pero nuestros padres tenían un motivo para hacerlo. Y lo hacían por nosotros.

Cuando no estábamos en casa, estábamos en la iglesia o en la escuela: una sencilla y pintoresca escuela cristiana que reforzaba las lecciones que

nos enseñaban en nuestra casa. Entramos a la escuela pública durante los años de la secundaria. Pero, aun entonces, mis padres se involucraron mucho en nuestros estudios y en nuestras amistades. Vigilaban, administraban, pastoreaban.

Es como que tenían este *saber* interior, una consciencia profunda e íntima de la cultura. Sabían que su trabajo como padres no podía ser pasivo. Sabían que tenían que luchar agresivamente contra los valores viles y la moral de la gente común, contra la lujuria grosera que trataba de filtrarse en nuestros pensamientos y en nuestro corazón, en nuestras actitudes y opiniones, en nuestros actos y emociones.

Entonces, se pusieron los guantes... y entraron en la pelea.

Y ahora que soy mayor, estoy muy agradecida por ello. Puedo ver todo con más claridad. Reconozco las arrugas que tienen alrededor de los ojos, que fueron talladas por las largas noches y por la disciplina en amor.

De hecho, nunca pensé que diría algo así, pero... yo también quiero tener esas arrugas. Y estoy trabajando lo más que puedo para lograrlas.

Es por eso que, esta noche, voy a sentar a estos tres hijos míos alrededor de la mesa familiar, como lo hacían mis padres, y les enseñaré la Palabra de Dios. No caeré rendida ante la tentación de dormirme y desligarme de su educación, de sus amistades, de sus influencias. Junto con su padre, seré intencionada y decidida en la vida de ellos, en cada uno de los preciosos días que Dios nos permita vivir bajo el mismo techo con ellos, hasta que desplieguen las alas y se vayan de nuestro nido... y se hagan el propio suyo, donde (ojalá) el ciclo continuará.

por la transición de la inocencia juvenil a los tiempos más turbulentos que los esperan en la próxima parte del parque. Y hay otros cuyos hijos pueden haberle dado la espalda al Señor. Su cuento de hadas se ha transformado en una tragedia, y ustedes quieren saber cómo señalarles a sus hijos el camino de regreso a casa. Y otros quizás estén enfrentando los desafíos de tener una familia ensamblada cuyos miembros tal vez no tengan ganas de siquiera estar allí en el parque.

Este libro los encontrará a cada uno de ustedes en un lugar diferente en su trayectoria de crianza. Independientemente de dónde estén, si ponen en práctica los principios que estamos a punto de analizar, disfrutarán de sus frutos en el hogar. Al poner en práctica intencionadamente estos principios, fortalecerán uno de los principales atributos de un hogar sano: la honra. Honrarán a sus hijos dándoles un lugar de mucho valor cuando les concedan el tiempo y la energía necesarios para educarlos bien.

Donde sea que se encuentre en el camino de la crianza de hijos, Dios tiene algo para decirle. Nunca es demasiado pronto ni demasiado tarde para empezar a poner en práctica los principios bíblicos para la crianza de los hijos y ver cómo Dios produce el crecimiento y el fruto. Quizás tenga remordimiento por algo que ocurrió y las malas decisiones que tomó en el pasado, pero ahora no es el momento de dejar de esforzarse. Como dice el dicho: solo un tonto se tropieza con algo que tiene detrás. Aproveche el día de hoy y empiece ahora, si todavía no lo ha hecho. Yo sentí remordimiento de no haber vigilado más de cerca a nuestro hijo menor aquel día en Disneyland, pero eso no significa que no haya hecho todo lo posible por encontrarlo.

Así como Jonathan se dejó llevar por el espectáculo, los sonidos y los aromas del parque, es fácil que los chicos se dejen llevar por lo que nuestro mundo pone delante de ellos de una manera tan tentadora: las redes sociales, la televisión, los juegos y los grupos de sus compañeros. Es posible que ni se den cuenta de que se han apartado del recorrido de la familia. Como padre, su responsabilidad es encontrarlos, guiarlos y traerlos de vuelta.

La crianza de hijos del reino en un mundo caído

Para los padres, es muy fácil dejarse llevar por el espectáculo, los sonidos y los aromas de sus profesiones, del entretenimiento, de la vida social y aun de los compromisos de la iglesia, tanto que pierden de vista a sus hijos, así como me pasó con Jonathan. Porque los padres han desatendido sus responsabilidades hacia sus hijos, hay caos en el reino (vea Isaías 3:12).

Gracias a Dios, la anécdota de haber perdido a Jonathan en Disneyland tuvo un final feliz. Pero no todas las anécdotas de Disneyland terminan así. Esas historias no suelen llegar a los titulares porque los agentes policíacos de

relaciones públicas suelen ocultarlas, pero el Magic Kingdom tiene su propia cuota de finales trágicos.

A lo largo de los años, han habido personas que, efectivamente, perdieron la vida en Disneyland o en Disney World. Una visitante murió cuando el cable que retenía un ancla enorme se rompió sobre el barco pirata. Una enfermera certificada presenció la escena y corrió a tratar de salvar a la víctima. Luego, un colega mío que conoce a la enfermera me contó que ella le dijo: «Me tomó completamente desprevenida. En un momento, todo era felicidad y la vida parecía perfecta; y, al minuto siguiente, una mujer se estaba muriendo ante mis ojos. La mañana que te despiertas para ir a Disneyland, no se te ocurre que podrías ir a ver morir a alguien»¹.

Sin embargo, la tragedia no ha alcanzado solo a los visitantes del parque. Gracias al enorme éxito que tuvo Walt Disney, pudo comprar una casa nueva para sus padres en North Hollywood, cerca de los estudios de producción de Disney. Pero, menos de un mes después de haberse mudado a la casa, la mamá de Disney murió asfixiada a causa de una caldera que no había sido instalada correctamente.

Evidentemente, el Magic Kingdom no siempre es tan mágico a final de cuentas.

Tampoco lo es el reino del mundo en el que nacemos, un reino que nos rodea a diario (vea Efesios 2:1-4; Mateo 12:25-26). Así como el mundo ostenta el brillo del éxito y la tentación de la carne, también conlleva una promesa de muerte (vea Proverbios 14:12; 16:25; Mateo 7:13; 1 Corintios 15:21-22). A pesar de esta realidad, hay muchas maneras de quedar fácilmente absortos y distraídos por lo que le atrae a nuestra naturaleza pecadora. No solo podemos perdernos y, por ende, no cumplir con nuestro deber en la crianza de hijos del reino, sino que nuestros hijos también pueden caer en la trampa (vea 2 Timoteo 2:26), particularmente si nosotros, como padres, carecemos de las herramientas y de las capacidades necesarias para criar a



*Evidentemente,
el Magic Kingdom no
siempre es tan mágico a
final de cuentas.*



nuestros hijos de buena manera porque no tuvimos modelos de una buena crianza de hijos.

Es difícil para un padre o una madre transmitir una fe ajena. La mejor manera de incentivar a sus hijos a tener una fe propia es que ellos sean testigos de la fe de usted: no solo por lo que usted les dice, sino por sus acciones.

También es difícil transmitir los conocimientos prácticos que usted todavía no ha puesto en práctica en sus propias situaciones. Educar bien a los hijos requiere de un crecimiento personal intencionado en el arte de vivir bien, ya que buena parte de la crianza de hijos gira en torno a la capacidad innata del niño de seguir el modelo de los pensamientos y los actos de sus padres. La primera responsabilidad de la buena crianza de hijos es que usted mismo esté en proceso de maduración y desarrollo como una persona sana en todos los aspectos: espiritual, físico, mental y social.

No hace mucho, fui a Baltimore a visitar a mis padres y presencié el daño causado cuando personas jóvenes crían hijos prematuramente. Mientras estaba sentado en el frente de la casa, miraba al barrio en el que había crecido y me llené de tristeza por lo que vi. En los hogares ya no había familias formadas por papá y mamá. Por todos lados, las ventanas estaban tapadas con tablas, un símbolo tangible del estado interior.

No muy lejos de la casa de mis padres, había dos mujeres jóvenes que hablaban en una voz suficientemente alta para que pudiera escucharlas. Ambas eran madres solteras y se quejaban de lo difícil que se les hacía la vida por tener que educar a sus hijos y, a la vez, tratar de sobrevivir.

En medio de la charla, una de las mujeres me miró y me dijo algo; no recuerdo qué. Le respondí y me uní a su conversación preguntándoles cómo se llamaban. Les pedí que me contaran sus historias. Cuando empezaron a hablar, la desesperación se traslucía en sus palabras. Lo que decían estaba repleto de frases tales como «No soy», «No puedo» y «No sé».

—¿Cómo se las arreglan? —pregunté, queriendo saber si la asistencia pública realmente les alcanzaba.

—Mis dos hijos y yo vivimos con mi abuela —replicó una de las mujeres. Hizo una pausa y luego añadió, susurrándome—: Y vendo drogas. Esa es la única manera que conozco para lograrlo.

Su amiga agregó, quizás tratando de ofrecer una coartada:

—No tenemos nadie que nos ayude.

En otras palabras, no tenían ninguna esperanza de un futuro más prometedor para ellas mismas, mucho menos para sus hijos. Al fondo de los problemas de estas dos mujeres (y al fondo del corazón de las personas que hay por todo nuestro país) está la desesperanza que resulta de una crianza deficiente. Somos testigos de una generación de personas sin padres —por negligencia, por abuso o por simple ausencia—, quienes se están convirtiendo ellos mismos en padres. Y, de esta manera, el ciclo se perpetúa.

Ya conoce las estadísticas. Casi el 50 por ciento de niños en los Estados Unidos está creciendo en hogares de madres o padres solteros. Cada año, unos tres millones de niños dejan de asistir a la escuela. El 75 por ciento de todos los crímenes en los Estados Unidos son cometidos por personas que abandonaron la escuela secundaria². Cada año, alrededor de un millón de adolescentes quedan embarazadas, sobrecargando aún más la economía que ya es precaria por los gastos de casi diez mil millones de dólares en impuestos al año³, por no mencionar el altísimo costo emocional, físico y espiritual que sufren esas madres jóvenes y sus hijos. Las iglesias ya no atraen a nuestros jóvenes como sucedía en el pasado. Como consecuencia, las iglesias en los Estados Unidos cierran sus puertas a un alarmante ritmo de más o menos ocho a diez mil cierres por año⁴.

Estos asuntos no son solo problemas urbanos; también sobrecargan a las comunidades suburbanas. En la última década, el consumo de drogas en los suburbios ascendió a más del doble⁵. El homicidio ahora está en segundo lugar entre las principales causas de muerte en los jóvenes entre los quince y los veinticuatro años de edad⁶. El acoso escolar se ha convertido en una epidemia. La desesperanza ha alcanzado un máximo histórico. Los antidepresivos se consumen casi al mismo ritmo que las vitaminas, ya que



Somos testigos de una generación de personas sin padres —por negligencia, por abuso o por simple ausencia—, quienes se están convirtiendo ellos mismos en padres.



más de cuatro millones de adolescentes ingieren algún tipo de medicamento para la mente⁷.

No es necesario que repase más estadísticas porque usted ya ha visto las tendencias alarmantes en los noticieros vespertinos, en Internet o en los periódicos. La cultura en la cual estamos procurando educar a nuestros hijos no se parece en absoluto a un reino mágico, a pesar de que se proclame a sí misma como tal en las marquesinas de la vida.

Permítame que ilustre qué quiero decir a través de una historia. Hace mucho tiempo, había un carnicero que vendía carne de cerdo. Nunca había comprado cerdos; sin embargo, mataba cerdos salvajes de a cientos. Un día, un hombre de una localidad vecina le preguntó:

—¿Cómo hace para atrapar a todos esos cerdos salvajes?

El hombre le contestó:

—Es fácil. Coloco afuera un comedero con una gran cantidad de comida, a una altura suficientemente baja para que lleguen los cerditos. Entonces, cuando los cerditos se acercan a comer, sus padres los siguen. Mientras se acostumbran a hacerlo todos los días, yo empiezo a levantar una valla durante la noche. Solo un lado. Cada noche, hago lo mismo, un lado a la vez, hasta que lo único que me queda es una entrada. Después de un tiempo, entran, sin prestarle atención a nada más que a la dulzura de la comida, y yo cierro la entrada sin que ellos se den cuenta de lo que ha sucedido.

Para educar a nuestros hijos con aptitudes no solo para sobrevivir, sino también para prosperar en el mundo, necesitamos educarlos con la capacidad de discernir qué les pone por delante este mundo como anzuelo para hacerlos caer en la esclavitud, ya sea una esclavitud emocional, espiritual, económica o relacional. Tenemos que enseñarles a nuestros hijos cómo encontrar las vallas que Satanás quiere erigir en su mente y en su corazón (2 Corintios 10:5). Necesitamos educarlos en un entorno de discernimiento. Porque, a pesar de que vivimos rodeados de las influencias demoníacas del príncipe de la potestad del aire en un mundo lleno de conflictos, de tentaciones seductoras y de rebeldía, nosotros no pertenecemos a este reino y hemos recibido la capacidad de vencerlo. Pues Dios «nos rescató del reino de la oscuridad y nos trasladó al reino de su Hijo amado» (Colosenses 1:13).

La mentalidad del reino

Padres, ustedes han sido llamados a educar hijos del reino... en el reino *de Dios*. Y su reino funciona de acuerdo con sus normas y bajo su autoridad. En el reino de Dios, él dicta el programa, y nosotros tenemos que promoverlo. En el reino de Dios, la gloria es de él, y nosotros debemos reflejarla. En el reino de Dios, él proporciona la cobertura de pacto, bajo la cual nosotros debemos someternos y prosperar.

La crianza de los hijos del reino implica supervisar intencionadamente la transmisión de la fe de una generación a la otra, de tal manera que los hijos aprendan a vivir consecuentemente toda la vida bajo la autoridad divina de Dios.

El mandamiento «sean fructíferos y multiplíquense» (Génesis 1:28) no fue dado solamente para que los padres tuvieran seres parecidos a ellos. Más bien, fue dado para que *Dios* tuviera seres parecidos a él. La creación de la humanidad fue hecha para que el hombre fuera un portador de la imagen de Dios mismo. Este concepto está plasmado en Génesis 1:26: «Hagamos a los seres humanos a nuestra imagen». Por lo tanto, el destino de las personas en general (y de la familia en particular) es reflejar a Dios en el reino visible con base en su realidad en el reino invisible. Esto obviamente no significa reflejar cómo se mira Dios, ya que ninguno de nosotros sabe qué aspecto tiene él verdaderamente. El sentido de esto es que nosotros debemos reflejar su naturaleza, su carácter, sus valores y sus principios.

Es fundamental que los padres les enseñen a sus hijos la importancia de someterse a la autoridad legítima de Dios en la vida de ellos. Es mediante esa sumisión a él que los padres pueden



La crianza de los hijos del reino implica supervisar intencionadamente la transmisión de la fe de una generación a la otra, de tal manera que los hijos aprendan a vivir consecuentemente toda la vida bajo la autoridad divina de Dios.



tener su mayor influencia e impacto para él. Adán y Eva debían poner a sus hijos bajo el gobierno divino como reflejo de su propia sumisión a Dios, y nosotros, como padres, debemos hacer lo mismo. La familia debe ser la réplica de la imagen de Dios en la historia. Los hijos son portadores de la imagen de nuestro gran Dios y Rey, el cual busca promover el programa de su reino: la manifestación visible de su dominio completo sobre cada área de la vida.

Reino no es una palabra de la que escuchemos hablar frecuentemente en los círculos cristianos; por lo tanto, antes de continuar, permítame establecer la escena. Dios tiene un programa: glorificarse a sí mismo a través del avance de su reino. La palabra griega que usa la Biblia para «reino» es *basileia*, que significa «soberanía» o «poder real»⁸. Intrínseco a este gobierno o soberanía está el poder. Entonces, cuando hablamos del reino, también estamos hablando de un rey y de un soberano que tiene poder.

Ahora bien, si hay un soberano, también tiene que haber:

- gobernados (los que están bajo su gobierno);
- un reino (el ámbito sobre el cual gobierna el soberano) y
- reglas (normas generales que dirigen la relación entre el soberano y los gobernados).

El reino de Dios incluye estos tres elementos. Él es el Soberano absoluto de toda la creación y su autoridad es definitiva.

Al fondo del programa del reino está la realidad de que no hay una división entre lo sagrado y lo secular. Todo en la vida es espiritual porque toda la vida está bajo el gobierno de Dios. Por lo tanto, cada asunto es un reflejo de la naturaleza y de los principios de Dios relativos a esa área específica y, por consiguiente, refleja y promueve los planes de Dios en la historia.

Dios ha puesto a Jesucristo como el soberano sobre todos los reinos de los seres humanos (vea Mateo 28:18; Colosenses 1:13-18). Su reinado debe ser representado a lo largo de la historia a través de quienes forman parte de su reino (vea Mateo 28:19; Efesios 1:22-23).

Y, en caso de que esté preguntándose, no existen reinos intermedios. En la creación, solo hay dos gobiernos: el reino de Dios y el reino de Satanás. Usted se somete a uno o al otro. Educar hijos del reino incluye orientarlos hacia el reino de Dios, a los principios de Dios y a la realidad de su programa para el mundo.

Dios los bendijo

Es importante observar que, previo al día en el que Dios pronunció la orden «sean fructíferos y multiplíquense», la Biblia dice que «Dios los bendijo» (Génesis 1:28). En otras palabras, Dios les dio a Adán y Eva todo lo necesario para cumplir lo que les había ordenado. A final de cuentas, la verdadera definición de la bendición es que Dios provee los recursos para que usted haga lo que él le pide. Eso implica tanto disfrutar como extender la provisión de Dios para su vida. La bendición no es solo para los padres; también es para el beneficio de los hijos, los cuales extenderán la imagen de Dios en su pueblo. Esta bendición permitió que Adán y Eva poblaran la tierra y, también, extendieran la bendición de Dios por todas partes para los que vendrían después de ellos al fundar sus propias familias. Esa es la misma bendición que está disponible para usted, en su rol de padre.

Dios instituyó a la familia como un conducto para la bendición, para proveer tanto la oportunidad como el marco dentro del cual los individuos pueden, en conjunto, llevar a cabo el plan de Dios en la historia. Ese plan conlleva, particularmente, la implementación del reinado o señorío de Dios en la tierra. Mi definición de *señorío* significa gobernar en nombre de Dios de manera que toda la vida sea puesta bajo su autoridad. Los hijos son el medio que Dios estableció para someter al mundo bajo el señorío de Jesucristo.

La razón por la que Satanás ataca continuamente a la familia es porque la familia fue creada específicamente como el canal a través del cual el reino de Dios se reproduciría, al ser educados los hijos del reino para convertirse en padres del reino en sus propios hogares en el futuro. Ese es precisamente el motivo por el que tener hijos y criarlos es tan fundamental para el programa de Dios. Dios predijo que la descendencia de la mujer destruiría a la serpiente (vea Génesis 3:15). Y, en el Nuevo Testamento, Pablo escribió que las mujeres se salvarían al tener hijos (vea 1 Timoteo 2:15). Cuando las mujeres dan a luz y crían hijos compasivos, ellas participan del reino de Dios, que domina al reino de Satanás. En este sentido, cuando una mujer del reino trae al mundo una nueva vida y la educa para la verdad de Dios, tiene el privilegio de simbólicamente revertir lo que le ocurrió a Eva en el jardín (1 Timoteo 2:14).

Por medio de la crianza, educamos a hijos del reino para que sean hombres

y mujeres del reino, de manera que los propósitos de Dios se manifiesten plenamente en la tierra y para que innumerables otras personas sean guiadas a conocer la salvación de Jesucristo. Entonces, la crianza de hijos del reino es algo más que una responsabilidad social; es, en el fondo, un imperativo espiritual y teológico. Los padres del reino educan hijos del reino para que lleven a cabo los planes y los propósitos que Dios tiene para las familias, no los que propone la cultura. Nuestra cultura está intentando redefinir el matrimonio y la familia de manera que ya no sean un reflejo del diseño de nuestro Señor. Es fundamental que nosotros seamos para nuestros hijos modelos de crianza y de matrimonios consagrados, para que ellos tengan la oportunidad de ver de primera mano cómo son las familias del reino.

Lamentablemente, en la actualidad, nuestra cultura cristiana se ha tragado la manera que la cultura secular redefine a los hijos como una carga más que como una bendición. Si reducimos el tamaño de nuestra familia limitando la cantidad de hijos que traemos al mundo, también reducimos nuestra capacidad de ser bendecidos. Las Escrituras dicen que los hijos son un regalo de Dios. En el Libro de los Salmos, leemos: «Los hijos son un regalo del SEÑOR;



La crianza de hijos del reino es algo más que una responsabilidad social; es, en el fondo, un imperativo espiritual y teológico.



son una recompensa de su parte» (127:3). Los hijos son una bendición, pero, irónicamente, son la única bendición que en nuestra vida a menudo procuramos limitar. Pero si consideráramos a los hijos a través del cristal del señorío y de la influencia del reino (como los ve Dios), creo que tendríamos una actitud distinta acerca de cuántos hijos hemos de tener, así como la prioridad que les damos una vez que lleguen.

Sin embargo, para educar hijos capacitados para cumplir con su papel en el reino de Dios, tendremos que encarar nuestra crianza de los hijos intencionadamente. Al fin y al cabo, es mucho más fácil formar a un niño que reparar a un adulto. Y esto es así aun si usted encara solo o sola esta tarea

Sin embargo, para educar hijos capacitados para cumplir con su papel en el reino de Dios, tendremos que encarar nuestra crianza de los hijos intencionadamente. Al fin y al cabo, es mucho más fácil formar a un niño que reparar a un adulto. Y esto es así aun si usted encara solo o sola esta tarea

monumental. Muchas personas que leen este libro están criando a sus hijos sin la ayuda del otro padre. Quizás usted enviudó, se divorció, nunca se casó o está casado con un cónyuge que no comparte sus mismos valores, o que no participa en el desarrollo de sus hijos. Cualquiera que sea el caso, deje que las Escrituras lo alienten a saber que usted puede hacerlo bien. Nunca subestime el poder de Dios cuando recurre a él como fuente de fortaleza, sabiduría y provisión (Filipenses 4:13).

La Biblia nos cuenta que Timoteo, uno de los grandes líderes de la iglesia primitiva, tuvo un padre griego que, aparentemente, había rechazado a Dios. Su padre nunca leyó *Un hombre del reino* y, ciertamente, no vivía a la altura de ese título. Aun así, sin embargo, Timoteo terminó sirviendo fielmente a Dios gracias a la influencia de su mamá y de su abuela.



Es mucho más fácil formar a un niño que reparar a un adulto.



Si usted está educando a sus hijos solo, acuérdesese de Timoteo. Téngalo presente y recuerde qué hizo Dios por medio de él. Aunque usted sea una madre soltera o un padre soltero, Dios tiene un plan para sus hijos. Encomiende su camino a Dios en todo lo que haga, y sus hijos recibirán los beneficios de tener un padre y/o madre que es un modelo del discipulado bíblico.

Los hijos del reino no necesitan padres perfectos. Los hijos del reino necesitan padres decididos que busquen entender y aplicar los principios de Dios en su hogar. Yo los felicito por elegir este libro y por usar otros recursos para prepararse mejor para ser padres sujetos a Dios.

Que Dios guíe y bendiga su esfuerzo por educar hijos del reino, para que viva la gran dicha de ver a sus hijos y a sus nietos caminando en la verdad de Dios (vea Proverbios 17:6; 3 Juan 1:4) y causando un impacto para el reino. Sin importar cuáles hayan sido sus éxitos o sus fracasos hasta ahora, mi deseo es que este libro lo ayude a alcanzar el siguiente nivel en su meta de educar hijos del reino.